

Estrategias y déficit de capitales en situaciones de vulnerabilidad. Un estudio de las trayectorias de hogares en el Área Metropolitana de Mendoza, Argentina.
Julieta Dalla Torre. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza- Argentina.
[julietadt@yahoo.com]

Resumen

El presente artículo centrado en las prácticas de generación de ingresos de dos grupos de hogares urbanos de Mendoza, Argentina, pretende ser un aporte a los estudios sobre procesos de reproducción social en contextos de crisis y carencias. A través de la exploración de sus experiencias de vida, a lo largo de sus trayectorias, se busca recuperar y comprender desde una perspectiva histórica y relacional, los modos con que intentaron resolver su subsistencia a partir de la crisis argentina del 2001. Se considera que en situaciones de vulnerabilidad, las estrategias de los agentes sociales se transforman en un mecanismo de reproducción de la pobreza, son respuestas coyunturales, aisladas, que pierden su capacidad transformadora. En consecuencia, no logran modificar las condiciones sociales estructurales que determinan dicha situación.

Palabras clave: estrategias, capitales, reproducción social, hogares, trayectorias.

Strategies and deficit of capitals in vulnerable situations. A study of the trajectories of poor households in the Metropolitan Area of Mendoza, Argentina

Abstract

This article focused on income generation practices of two groups of urban households in Mendoza, Argentina, tries to be a contribution to studies of social reproduction processes in contexts of crisis and shortages. Through exploring their life experiences along their trajectories, it seeks to recover and understand from a historical and relational perspective the ways they tried to solve their subsistence since Argentinean crisis in 2001. It is considered that in vulnerable situations the strategies of social agents are transformed into a mechanism of poverty reproduction; they are momentary, isolated, responses that lose their capacity to transformation. Consequently, these strategies fail to modify the social structural conditions that determine that situation.

Key words: strategies - capitals - social reproduction - households – trajectories.

Introducción

El siguiente trabajo constituye una exposición de parte de los resultados de una investigación desarrollada en el marco de nuestra tesis de doctorado, que consiste en un estudio de tipo comparativo centrado en el análisis de los diversos elementos que involucra la reproducción social de hogares. Este trabajo tenía como propósito general, aportar conocimiento acerca de estos procesos de reproducción a nivel urbano en contextos de crisis. Para ello, se focalizó en dos grupos de hogares urbanos con diferente posición en el espacio social, residentes del Área Metropolitana de Mendoza, Argentina: sectores medios empobrecidos y pobres estructurales, ambos en situaciones de diversa vulnerabilidad material, social, y subjetiva durante el período de estudio 2001-2008.

La indagación se centra en las trayectorias vitales y en las estrategias de generación de ingresos que los miembros de estas unidades domésticas desplegaron para asegurar su reproducción y subsistencia, a partir de las transformaciones ocurridas en la estructura social argentina con la crisis del año 2001.

Los interrogantes principales que guían el desarrollo del artículo son: ¿cómo sobreviven los hogares frente a las nuevas condiciones estructurales que les impone la crisis del 2001?, ¿Qué importancia adquieren sus capitales acumulados en el despliegue de estrategias?, ¿Cómo repercuten estas prácticas en sus condiciones de vida? En relación con ello, el objetivo principal es analizar la relevancia de las estrategias familiares de reproducción social en situaciones de pobreza histórica.

La perspectiva teórica adoptada, estructuralista y constructivista, adscribe específicamente al enfoque sociológico de Pierre Bourdieu, centrado en el análisis de las prácticas sociales, particularmente, de las estrategias puestas en juego por los agentes sociales en un lugar y espacio determinados, a partir del estudio relacional y dialéctico de los condicionamientos objetivos o estructurales y subjetivos o internos, que limitan sus posibilidades de elección y determinan sus posiciones en el espacio social y por ende, en sus condiciones de existencia.

La investigación implicó una metodología cuali-cuantitativa, centrada en indagar y comprender las perspectivas de los agentes desde sus propias palabras y prácticas. Por ello, se apeló a las técnicas de producción de información de entrevista en profundidad y observación directa en los lugares de residencia de los hogares estudiados, a partir de las cuales poder reconstruir los elementos objetivos y subjetivos, los sincrónicos y también los relacionados con las trayectorias sociales y las diversas posiciones relacionales ocupadas en el espacio de posiciones considerado a lo largo del periodo analizado.

Conceptualizaciones teóricas

La situación de crisis pronunciada hacia inicios del siglo XXI en Argentina, llevó a los hogares a enfrentar los cambios y a modificar aspectos de su vida cotidiana, generando prácticas domésticas y extradomésticas, denominadas *estrategias de generación de ingresos*, para asegurar su reproducción cotidiana individual, familiar y social. Estas son parte del sistema de *...estrategias de reproducción social*,¹ definidas como el conjunto de prácticas materiales y simbólicas desplegadas por los hogares en busca de conservar

o acrecentar su patrimonio, asegurar la supervivencia de la unidad doméstica y sus miembros y mantener o mejorar su posición en la estructura social.

Este concepto permite ampliar los análisis de las estrategias familiares en dos sentidos: de un lado, dar cuenta de las dimensiones objetivas y subjetivas que conforman el mundo social; de otro, incluir una visión sincrónica y también diacrónica en el estudio de las prácticas de reproducción.

Dentro de las estrategias de reproducción social, el trabajo se enfoca en las *estrategias de generación de ingresos*, prácticas materiales y simbólicas destinadas a la consecución de recursos (bienes materiales -monetarios y no monetarios-, o simbólicos y servicios) que aseguren la mejora del bienestar del grupo doméstico. Estas prácticas incluyen *estrategias ocupacionales*, que implican la obtención de ingresos laborales a través de la participación formal o informal de los hogares en el mercado laboral, la realización de tareas remuneradas intra domésticas, y la producción de bienes en el hogar para ser comercializados. Los ingresos laborales son un elemento central en la reproducción de la fuerza de trabajo, a su vez esencial en la reproducción familiar y, en un sentido más amplio, en la reproducción social. El hogar es una de las fuentes principales de trabajadores; de ahí su importancia en el estudio de las estrategias de generación de ingresos.

Además, entre las estrategias de generación de ingresos se distinguen otras prácticas como los *desplazamientos espaciales temporarios o no temporarios* (migración) de la familia o alguno de sus miembros; y las *estrategias de disminución del consumo* o de reducción del gasto; las *...estrategias habitacionales o de coresidencia*² y las estrategias de participación familiar en redes de intercambio o vínculos extra domésticos (formales o informales) de los hogares con otros agentes que incluyen el intercambio de ayuda, recíproco o no, en distintas dimensiones de la vida cotidiana familiar³.

La unidad de análisis del estudio fueron dos grupos de hogares con distinta posición en la estructura social. El de los *hogares de sectores medios* en situaciones de empobrecimiento hacia la crisis del 2001. Estos son hogares medios pauperizados, también denominados “nuevos pobres”, cuyos niveles de bienestar se deterioraron en un contexto de empobrecimiento generalizado de la sociedad mendocina. Este empobrecimiento se vincula principalmente con una disminución del capital familiar, particularmente del capital económico, como resultado del desempleo del jefe de hogar, de la caída de los ingresos familiares, o del nuevo tipo de empleo -en general precario- al que acceden los distintos miembros, lo cual repercute marcadamente en el presupuesto familiar y directamente en la disminución de su prosperidad.

El segundo grupo de hogares estudiado, es el de los *pobres estructurales*. Estos se encuentran en situaciones de pobreza persistente, histórica; es decir, presentan trayectorias vitales sostenidas en el tiempo, caracterizadas por un profundo déficit de capitales y entonces de carencias de diverso tipo: material (principalmente económica, alimentaria, habitacional, sanitaria, patrimonial), social, cultural, y simbólica.

Si bien ambos grupos compartían hacia el 2001, la característica de presentar *...trayectorias de vulnerabilidad*⁴, éstas eran diferentes. Los empobrecidos se encontraban en situaciones de vulnerabilidad porque mostraban alta inestabilidad en sus

historias laborales, inserción laboral precaria, y entonces, una marcada variabilidad en los ingresos familiares. Sin embargo, su origen de clase media, los volvía agentes con mayores niveles de instrucción, y mayor capital social acumulado en años previos a la caída en sus niveles de vida. Por el contrario, el grupo de hogares en situaciones de pobreza estructural, sufrían de itinerarios vulnerables mucho más extensos, al punto tal que sus capitales se iban extinguiendo, conjuntamente con sus posibilidades de desplegar ciertas prácticas de subsistencia. Por ende, sus realidades hacia el 2001, eran mucho más graves.

Ahora bien, la Vulnerabilidad, es entendida siguiendo a Rubén Katzman, como la incapacidad de las unidades domésticas para aprovechar las oportunidades con que cuentan, y mejorar su bienestar o evitar su decadencia⁵. El desaprovechamiento de las oportunidades conlleva un debilitamiento de la acumulación de activos y un empeoramiento progresivo de la situación de los hogares, conjuntamente con un aumento de su vulnerabilidad. Vale aclarar, que ese desaprovechamiento del que se habla arriba, de ningún modo es visto como voluntario, sino como el resultado de las condiciones materiales y simbólicas en las que se encuentran los agentes en un determinado momento.

Las prácticas de reproducción social fueron analizadas en profundidad en función de ciertas condiciones (individuales, grupales y estructurales) que las contextualizan y restringen, a través del tiempo, específicamente a lo largo del período analizado que va desde el año 2000 hasta el 2008, momento en que comparativamente con años anteriores se había logrado cierta recuperación de la realidad económica y social del país.

Dar cuenta de ellas, significó comprender cómo los hogares en condiciones de vulnerabilidad desafiaron y resistieron, algunos con más éxito que otros, a las nuevas condiciones estructurales que se les imponían, desde sus capitales materiales y simbólicos acumulados y disponibles (en diversa estructura y volumen), y sus sistemas de referencia internalizados, desde esquemas de pensamiento y acción interiorizados o habitus, es decir, analizar cómo buscaron asegurar su reproducción social.

En este sentido, los agentes sociales no son percibidos como sujetos pasivos⁶ frente a situaciones de pauperización y carencias extremas, sino actores dotados de un habitus, de un sentido práctico, que harán uso de sus capitales y los invertirán en un campo particular de actuación, buscando mejorar su situación, a través del despliegue de una serie de estrategias particulares, siempre en relación con otros agentes individuales y/o colectivos con particulares posiciones en el espacio social. Por ello, y retomando una afirmación de Gutiérrez, se puede señalar que:

...para avanzar en la comprensión y explicación del fenómeno de la pobreza y de los mecanismos que la sustentan y perpetúan, más que resolver si los pobres se encuentran o no al margen del espacio social, si están excluidos o no, es importante develar la manera como se sitúan en ese espacio, a partir de qué capitales (objetivados e incorporados), en relación con cuáles instrumentos de reproducción y en función de qué estado de la relación de fuerzas entre las clases.⁷

En cuanto al ámbito de estas acciones, se puso el acento en el análisis pormenorizado y la comprensión de las estrategias circunscriptas al *contexto doméstico y extradoméstico*, en el que los hogares entablan relaciones con otros agentes sociales, en el estudio

pormenorizado de las unidades domésticas no de manera aislada, individualizada, sino relacional, en conexión e interdependencia con otros actores sociales individuales, familiares y/o supra familiares, pertenecientes a diversos sectores, en distintos planos (doméstico, laboral, educativo, sanitario), y en el contexto más general en el que éstas cotidianamente se reproducen.

Esta posición se corresponde con una concepción de lo social no individualista sino relacional, en el que la sociedad es observada como un entretejido de relaciones entre agentes que dotados de diversas estructuras y volúmenes de capital y, por tanto de diferente poder, ocupan distintos espacios.

Tal como afirma Gutiérrez, el análisis y la comprensión de las estrategias de reproducción social supone la combinación de cuatro dimensiones: la objetiva o material, la subjetiva o simbólica, la sincrónica y la diacrónica.⁸

Entonces, desde una *perspectiva microsocia*, o desde los propios grupos familiares, se realizó un análisis combinado, tanto de los *aspectos objetivos*, como de los *subjetivos*, que intervienen en el despliegue de las estrategias. La dimensión objetiva corresponde a las condiciones materiales de vida de los hogares, principalmente los capitales que logran producir, reproducir y acumular en su trayectoria. La dimensión subjetiva a las representaciones, significados, valores e ideas internalizadas por los agentes sociales, que conforman el habitus. Ambos elementos constituyen lo social y condicionan las estrategias de los hogares.

Por un lado, se indagaron los comportamientos y arreglos individuales y colectivos, la organización doméstica, la división de tareas, entre otros aspectos, además de los capitales familiares acumulados y disponibles y de sus particularidades sociodemográficas. Por otro lado, las representaciones y valoraciones en torno a sus vidas, prácticas y expectativas futuras, relacionadas con la propia posición de cada uno de los agentes en el espacio social, teniendo en cuenta los condicionamientos estructurales externos que impone el contexto más general en el que los hogares se encuentran inmersos, el cual influye en sus prácticas.

Teniendo en cuenta una perspectiva sincrónica (desde el presente) y diacrónica (desde la historia), se reconstruyeron las trayectorias vitales familiares y se avanzó en su análisis en relación con sus condiciones objetivas y subjetivas de vida, con el objetivo de caracterizar su evolución y los cambios a lo largo del período en estudio. Ahora bien, cuando se habla de trayectoria nos referimos a:

[La] serie de las posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones. (...) sólo cabe comprender una trayectoria (...) a condición de haber elaborado previamente los estados sucesivos del campo en el que ésta se ha desarrollado, por lo tanto el conjunto de las relaciones objetivas que han unido al agente considerado -por lo menos, en un determinado número de estados pertinentes del campo- al conjunto de los demás agentes comprometidos en el mismo campo y, enfrentados al mismo espacio de posibilidades⁹.

Para concluir, se considera que la posición teórica estructuralista-constructivista adoptada, permitió superar posiciones deterministas y subjetivistas que se limitan a explicaciones centradas en la estructura o en el individuo. Desde esta visión, se realizó

un análisis conjunto de los aspectos objetivos y subjetivos de la realidad social que implicó observarla desde lo macro estructural y desde lo micro.

El contexto socio-histórico y espacial de la investigación

El recorte temporal de la investigación presentada (2001-2008) se fundamenta en la significación que tuvo la crisis argentina de 2001 en los niveles de bienestar de amplias fracciones de los sectores medios y pobres del país y de la provincia de Mendoza y particularmente, del Área Metropolitana de Mendoza (AMM), contexto de indagación del estudio.

La crisis estructural, económico-social, político-institucional, argentina de año 2001, constituyó el punto álgido de una época de deterioro generalizado de las condiciones de vida de distintos sectores sociales que había comenzado hacia los años setenta y se había profundizado durante los noventa; es decir, si bien agudizó un proceso iniciado tres décadas antes, esta crisis provocó una caída abrupta de los niveles de bienestar, profundamente deteriorados, no sólo en los sectores más pobres de la sociedad (los *pobres estructurales*), sino en otros grupos sociales, algunos que retornan y otros que se incorporan por primera vez al universo de la pobreza (anteriormente parte de los sectores medios), los llamados *...empobrecidos, pauperizados*, o “nuevos pobres”¹⁰.

Se dio así, un incremento en la incidencia, intensidad y heterogeneidad de la pobreza como nunca antes. Es decir, las carencias cayeron entonces sobre un abanico más amplio de sectores sociales, al punto que se produjo un empobrecimiento absoluto de amplios sectores de la clase media. El resultado fue una profunda distribución regresiva del ingreso, y la consecuente retracción de amplios sectores obreros, que perdieron su participación laboral estable y, por ende, sus niveles de vida modestos, así como de una numerosa clase media, representante de la movilidad social en la Argentina de otra época.

El trabajo asalariado dejó de ser el facilitador de la inserción social y entonces, el elemento integrador de la sociedad, profundizándose el debilitamiento y la desestabilización de las familias y sus modos de vida, así como su aislamiento social progresivo. Es decir, el mercado laboral, caracterizado por la desocupación y la precariedad, erosionó las solidaridades y las identidades, además de las posibilidades del trabajador de relacionarse con agentes de diversos niveles socio-económicos, deteriorando así su capital social y el de sus hogares, además del económico.

Asimismo, este momento histórico significó la ruptura de los universos, tanto materiales como simbólicos, de las familias pertenecientes a la histórica clase media argentina. En consecuencia sus vidas se modificaron y ante ello debieron transformar sus prácticas de reproducción para adaptarse a la nueva realidad que les tocaba vivir. Los hogares en situaciones de pobreza histórica, vieron afectados sus ya deficitarios niveles de bienestar, y siguieron su caída no sólo en lo económico, sino también en lo relacional, cultural y subjetivo.

La presente investigación se circunscribe a los hogares urbanos del Área Metropolitana de Mendoza (AMM), provincia de Mendoza, Argentina, compuesto por seis departamentos (Capital, Godoy Cruz, Guaymallén, Luján de Cuyo, Las Heras, Maipú). El AMM reúne al 70% de la población urbana total de la provincia de 1.086.633

habitantes sobre el total de la provincia de 1.738.929 personas según el último Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda de 2010¹¹. La provincia de Mendoza presenta un alto grado de concentración de la población en el aglomerado urbano: el 54%. No obstante, su índice de urbanización es del 78,9%, inferior al promedio nacional.

En cuanto a condiciones de vida, en el año 2001, previo al momento de inicio de la gran crisis argentina, cuatro de los seis departamentos que integran el AMM presentaban el menor porcentaje de hogares con alguna NBI (Necesidad Básica Insatisfecha): Capital (6,9%), Godoy Cruz (7,6%), Guaymallén (11,1%), Luján de Cuyo (11,9%), seguidos luego por Las Heras (13,0%) y Maipú (14,5%).

En un mismo sentido, la tasa de incidencia de la pobreza para el AMM en mayo de 2001, era del 36,7% respecto del total de la población, mayor al total del país que presentaba una tasa del 35,4%. Los valores de mayo de 2002, post estallido de la crisis de diciembre de 2001, muestran un gran aumento. La tasa de incidencia de la pobreza era del 50,5%, pero menor en comparación con el total del país, 55,6%. En octubre de 2002 continuó el crecimiento de la población pobre en el AMM. Se registró una tasa del 58,5%, permaneciendo menor a la media nacional del 59,8%.

El mayor incremento en los valores de pobreza e indigencia se dio entre mayo de 2001 y mayo de 2002. Los hogares pobres pasaron de representar el 27,6% al 41,2% y los indigentes del 7,6% al 17,3%. Sin embargo, los números siguieron en aumento. Según la EPH¹² en su onda de octubre de 2002, casi la mitad de los hogares se encontraban en situación de pobreza (48,9%), y el 22,0% eran indigentes; es decir, sus ingresos familiares no lograban cubrir el valor de la canasta básica de alimentos necesarios para la subsistencia.

La tasa de empleo del AMM en mayo de 2003 era del 34,5%, la de desocupación del 9,3% y la de subocupación del 19,4%¹³. La implementación del Programa Jefas y Jefes de Hogar Desocupados¹⁴, como parte de las políticas nacionales que buscaron paliar los altísimos niveles de pobreza, tuvo cierta importancia en estos valores, ya que por su intermedio se “empleó” a una importante proporción de población sin trabajo.

Comparación entre hogares:¹⁵ condiciones de vida, déficit de capitales

El estudio pormenorizado en el tiempo de los mecanismos de reproducción de los dos grupos de hogares analizados, implicó la realización de un análisis comparativo de sus estrategias de generación de ingresos, capitales y trayectorias, que permitió identificar similitudes y diferencias a lo largo del tiempo, centrándose en dos momentos: la crisis de 2001 y la recuperación de 2008. Por un lado, se elaboró un *índice de déficit familiar de acumulación de capital*, que mostró las deficiencias de los hogares, a partir del cual se pudo realizar una clasificación de los mismos, según *niveles de vulnerabilidad*, como resultado de las variaciones en sus capitales acumulados y disponibles.

Este índice hace referencia a la reducida o limitada capacidad familiar de generar recursos (económicos, sociales, culturales, y simbólicos) y de invertirlos para asegurar su reproducción frente a los cambios del contexto. Fue construido desde cuatro dimensiones analíticas, relacionadas con los distintos elementos que la perspectiva bourdiana reconoce como conformador de la realidad social. Una dimensión *material*

que incluye a lo económico, otra *social o relacional*, otra *simbólica o subjetiva*, y la *cultural*¹⁶. No todas estas dimensiones fueron consideradas iguales, en cuanto a su capacidad de incidir en la realidad cotidiana de los hogares. Se sostiene que existe una jerarquía entre ellas, relacionada con la idea de que no todos los capitales condicionan de igual manera los niveles de bienestar y, que por ende, ubica a la dimensión económica o material como predominante frente al resto. Se cree que son estos capitales materiales, los que terminan condicionando más fuertemente los recursos sociales, culturales y simbólicos de los agentes sociales, en este caso, de los hogares, en un determinado momento y lugar. Se habla de *déficit de capitales* y no de *carencias*, en coincidencia con la posición teórica adoptada, de estudiar a los agentes no sólo a través de lo que no poseen, sino también de lo que sí disponen, aunque esto sea en muy limitado volumen.

Hacia el 2001, los hogares presentaban predominantemente un déficit de capitales de *tipo material*: económicos, laborales, habitacionales, de salud, y sociodemográficos. El 80% del total (al 48% de este, lo representaba el grupo de los hogares pobres estructurales) contaba -al menos- con alguna de estas carencias, principalmente ingresos insuficientes, empleos precarios y dificultades de vivienda. En consecuencia, es posible inferir que gran parte de ellos mostraban al menos una necesidad insatisfecha, encontrándose en situaciones variadas de pobreza por NBI.

Sin embargo, se observan algunas diferencias en torno al tipo de carencias materiales sufridas, evidenciándose cuestiones relacionadas con la pertenencia social de las distintas familias. Las correspondientes a los sectores medios en situaciones de empobrecimiento novedoso, mostraban deficiencias mayormente concernientes al tipo de empleo de sus principales perceptores, y entonces al nivel de ingreso disponible para su reproducción.

Tal como caracterizaba a la época (los últimos años de la década del noventa y comienzos del nuevo siglo XXI), sus inserciones ocupacionales en el mercado de trabajo eran informales y precarias, es decir, socialmente desprotegidas, inestables, cortas en el tiempo y de escasos y variables salarios. Sus niveles educativos medios, no podían revertir tal situación estructural. Además, el número de aportantes era muy reducido, generalmente limitado al jefe de hogar, con lo cual se agravaba la situación económica familiar y sus niveles de bienestar se veían marcadamente afectados. Así, sus condiciones laborales perjudicaban indirectamente todos los ámbitos de su vida: el económico, educacional, relacional, simbólico.

Los reducidos ingresos monetarios laborales, dificultaban la manutención de las condiciones de vida pasadas y se planteaban nuevas situaciones cotidianas referidas a la atención pública de la salud y la educación, a la recepción de ayuda estatal a través de planes sociales, becas, a las representaciones negativas respecto de las oportunidades familiares futuras, entre otras. No obstante, estos hogares desplegaron estrategias buscando recuperar su antigua posición de clase media.

El grupo de las familias en situación de pobreza estructural, también sufría los inconvenientes que le planteaba el mercado laboral -que en términos generales soportaba desde mucho tiempo antes-: desocupación, precariedad, participaciones esporádicas, changas. El mantenimiento y entonces, la perpetuación de estas condiciones desde su conformación como grupo doméstico, y a lo largo de sus ciclos

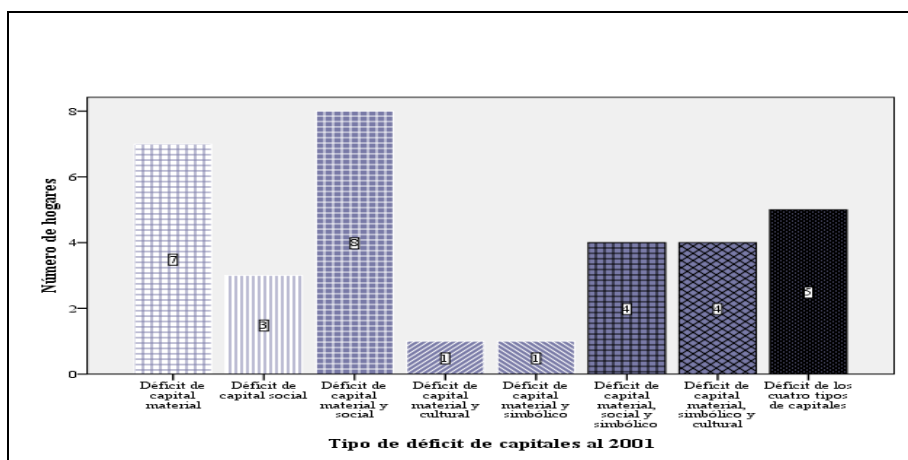
vitales, llevó a estas familias a sobrellevar importantes privaciones de tipo alimentario (reducción del número de comidas diarias y de la variedad y calidad de los alimentos), y habitacional (irregularidades en la tenencia de la vivienda, pésimas condiciones edilicias, sanitarias, de servicios, de infraestructura de sus propias casas y de sus espacios residenciales más extensos), que se transformaron en características típicas y distintivas de sus condiciones de vida hacia el 2001.

Estas particularidades eran propias de este grupo de hogares y no se presentaban en el de los empobrecidos, que contaba con mayor volumen de capitales acumulados y puestos a disposición en tiempos de crisis, es decir, que estos últimos podían hacer frente a la estructura de oportunidades que se le imponía, con un mayor volumen de herramientas.

Siguiendo con las familias en situaciones de pobreza histórica, además, mostraban otras limitaciones relacionadas con el número elevado de miembros y con el alto índice de dependencia de los aportantes frente a los inactivos, que volvían aún más escasos sus reducidos ingresos y comprimían sus posibilidades de gasto para cubrir necesidades básicas.

No obstante, al interior de este grupo también había diferencias. La mayor proporción de estas unidades domésticas presentaban gran parte de todas las carencias enunciadas, siendo así las más vulnerables (hogares 19,20,22,24,27,28,29,30). En consecuencia, estas debían desplegar estrategias que les permitiera -al menos- no seguir empeorando sus niveles de subsistencia; pero sus posibilidades eran acotadas, porque sus recursos individuales y familiares, eran cada día más reducidos. El paso del tiempo los fue limitando paulatinamente, hasta transformar carencias momentáneas en permanentes, estructurales, al punto tal de ser percibidas por los propios actores como “naturales”. Sus representaciones y autovaloraciones también fueron paralelamente absorbiendo esta situación de privaciones y entonces, transformándose de forma conjunta y adquiriendo en general, connotaciones cada vez más negativas.

Gráfico 1. Déficit de acumulación de capitales de los hogares hacia el 2001



Fuente: elaboración propia.

Ningún hogar presentaba sólo *carencias subjetivas*, razón por la cual no fue considerada como categoría de respuesta.

Las faltas de orden material no eran las únicas que afligían a ambos grupos de hogares cuando estalló la crisis de 2001, también las habían sociales, culturales y subjetivas. Cada una de ellas refiere a la escasez de sus correspondientes capitales.

Las *carencias sociales* hacia el 2001 alcanzaban al 33% de los hogares. Estas se dividían en relaciones con personas allegadas y/o conocidas (familiares, amigos, vecinos) con igual nivel socio-económico o superior, y relaciones con organismos suprafamiliares. En ambos casos, se buscaba la obtención de ayuda mayormente económica, en dinero y alimentos y, en menor medida, en información y cuidado de niños.

Entre las familias empobrecidas, que presentaban déficit de capitales sociales en un 36%, las redes de relaciones de intercambio eran principalmente mantenidas con los parientes más cercanos y en menor medida, con amigos de quienes podían obtener algún tipo de rédito, ambos con ciertos capitales disponibles para intercambiar, y que en general permanecían como “clase media”. Por el contrario, ninguna de ellas poseía relaciones con otros agentes, como el Estado, u organizaciones de la sociedad civil. Hasta ese momento, su capital social había sido suficiente para resolver sus necesidades cotidianas. Como se observará, las consecuencias del momento histórico, harán que algunos de estos hogares deban recurrir a nuevos actores en busca de ayuda (hogares 1,4,17).

En contraste, las unidades domésticas en situaciones de pobreza histórica, ya contaban con el apoyo de agentes suprafamiliares estatales y no estatales, como parroquias y comedores barriales (hogares 19,20,22,27,28,30) en un 36%. El crítico contexto macroeconómico que las rodeaba reforzó aún más estas relaciones después del 2001, en forma de planes sociales, subsidios por desempleo, de asistencia alimentaria en comedores comunitarios y escolares, y en sedes de Cáritas, entre otras.

Los intercambios con familiares, amigos y vecinos, que compartían sus situaciones de pobreza, e incluso con algunos que se hallaban en peores condiciones económicas, eran sumamente escasos y puntuales, debido a los prácticamente inexistentes capitales disponibles para intercambiar. En consecuencia, estos hogares presentaban mayormente este tipo de carencias sociales; situación que fue volviéndose paulatinamente más evidente y que generó un progresivo aislamiento social, así como una creciente dependencia de organismos con intereses políticos evidentes.

Respecto de los *capitales culturales*, existía entre los hogares una diferencia en el volumen de su acumulación. Las unidades domésticas históricamente adscriptas a los sectores medios, mostraban un mayor clima educativo, mientras que a las más pobres, su situación de carencia estructural, había llevado a sus miembros a sufrir altos niveles de deserción escolar a muy temprana edad, no pudiendo alcanzar ni siquiera el nivel de formación inicial completo y definiendo un clima educativo del hogar muy bajo.

Esto determinaba que algunas presentaran entre sus componentes, niños que no concurrían a la escuela, o que habían repetido algún año lectivo. Este fenómeno de la alta repitencia, se asocia con los bajos niveles de formación de los adultos que no

pueden ayudar a sus hijos con sus tareas y también, con las actividades productivas que algunos niños realizan ayudando a sus padres. En síntesis, con los problemas de índole económica por los que atraviesan sus hogares.

En conclusión, las carencias culturales eran mucho más marcadas entre los más pobres, afectando al 29% de estas familias (hogares 19,20,22,26,24,27,28,29,30,31). Finalmente, también las *carencias subjetivas* eran más importantes y evidentes entre los hogares en situaciones de pobreza histórica -representando el 70% del total-, lo cual puede asociarse con trayectorias vitales inmersas en circunstancias de pobreza y fragilidad, que van calando en los imaginarios y voluntades de sus miembros, generando pensamientos y representaciones caracterizadas por la desvalorización, la desesperanza y la falta de proyectos familiares. Entonces, la inmediatez y el presente carente, eran los componentes de su cotidianeidad doméstica. Las condiciones familiares y extra familiares, impedían pensarse en otra realidad futura y planificar a mediano y/o a largo plazo. Estas familias (20,23,28,30), presentaban una alta vulnerabilidad subjetiva, que producía aceptación y resignación, más aún si se tiene en cuenta que esta constituía una situación sostenida en el tiempo.

Entre las unidades domésticas empobrecidas también se observaban carencias a nivel de lo imaginario, aunque en menor medida y particularmente ligadas a la caída en sus condiciones de vida y a las nuevas situaciones que se les presentaban (hogares 4,9,11,16) con la crisis. Sensaciones de abandono por parte de un Estado que limitaba sus políticas sociales a los sectores más pobres, de derrota por lo perdido y de miedo a lo desconocido, invadían sus vidas. Sin embargo, ellas conservaban formas inconscientes de percibir el mundo y representarse su propia ubicación en él, es decir, un habitus particular de clase (correspondiente al lugar que históricamente habían ocupado en el espacio social), que las hacía más fuerte para enfrentar el contexto: contaban con ciertos capitales simbólicos acumulados a los que acudir en última instancia.

En algunos hogares (1,4,6,17), estos elementos subjetivos -especies de fortalezas familiares- eran invertidos en busca de compensar sus carencias materiales, mayormente con éxito, pudiendo conservar la cohesión y unidad del grupo. Una situación contraria se registraba en otros pocos (9,16), en los que la vulnerabilidad subjetiva, generaba una situación de rendición. En ellos no se advertía un intento de superación de las debilidades y ausencias, más bien parecía que se adaptaban a la nueva realidad, dando batalla sólo desde lo testimonial, a través de la queja, del repudio, porque ellos -a diferencia de las familias históricamente pobres- sí conocían otra realidad.

Otras unidades domésticas (3,5,12,14) no presentaban problemas de carencias subjetivas, más allá del déficit de capitales materiales y sociales con que contaban. Estas privaciones parecían no haber afectado sus representaciones y valores como familia, o posiblemente sus miembros habían logrado -a través de sus capitales y estrategias- redefinirse como grupo, en su nueva realidad de empobrecidos, y encontrar así su nuevo lugar en la sociedad.

Las distintas situaciones de vulnerabilidad de los hogares¹⁷

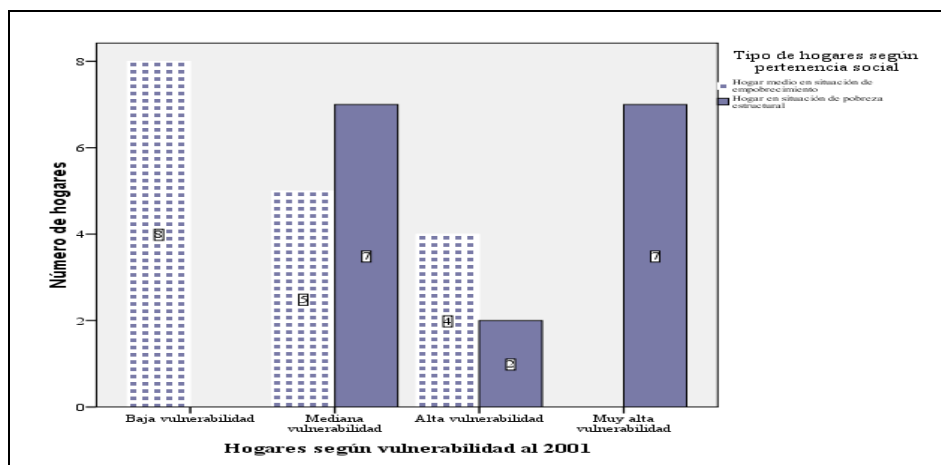
Hacia el año 2001, la mayor proporción de unidades domésticas (36% del total), se encontraba en situaciones de mediana vulnerabilidad. Le seguía aquellas que

presentaban un bajo nivel de vulnerabilidad, siendo las más capitalizadas y entonces, las más fuertes para enfrentar los cambios. Sus capitales acumulados y disponibles hacia el 2001 serían centrales en su recuperación futura. El resto se dividía prácticamente de igual manera entre los hogares que mostraban alta y muy alta vulnerabilidad. Estos eran los que se hallaban en peores condiciones y los que mayor déficit de capital presentaban, porque contaban con trayectorias vitales de marcada pobreza.

Estas situaciones repercutían negativamente, con distinta intensidad, en su reproducción cotidiana, profundizaban sus desventajas acumuladas a través del avance de sus ciclos vitales y planteaban el necesario desarrollo de estrategias de generación de ingresos, de acuerdo a los capitales familiares disponibles. Evidentemente, las probabilidades de lograr algún cambio positivo, disminuían a medida que aumentaba la fragilidad del grupo doméstico; es decir, mientras más acumulación de desventajas presentaba.

Asimismo, es importante destacar que las diferencias de vulnerabilidad social manifestadas, se asociaban a cuestiones relacionadas con el origen o pertenencia social de los hogares, mostrando mayor incidencia en aquellos con trayectorias más extensas o sostenidas de carencia. Estas faltas se fueron acumulando, sumando, y así transformando las realidades objetivas y subjetivas de los agentes, volviendo cada vez más difícil su reversión intrafamiliar, de forma aislada. A su vez, las estrategias de generación de ingresos desplegadas, comenzaron a perder efectividad, porque dejaron de ser un mecanismo puntual de mejora familiar, para transformarse en uno permanente. Los capitales se fueron agotando y las condiciones estructurales no ayudaban a revertir la situación.

Gráfico 2. Hogares según situación de vulnerabilidad y pertenencia social hacia el 2001

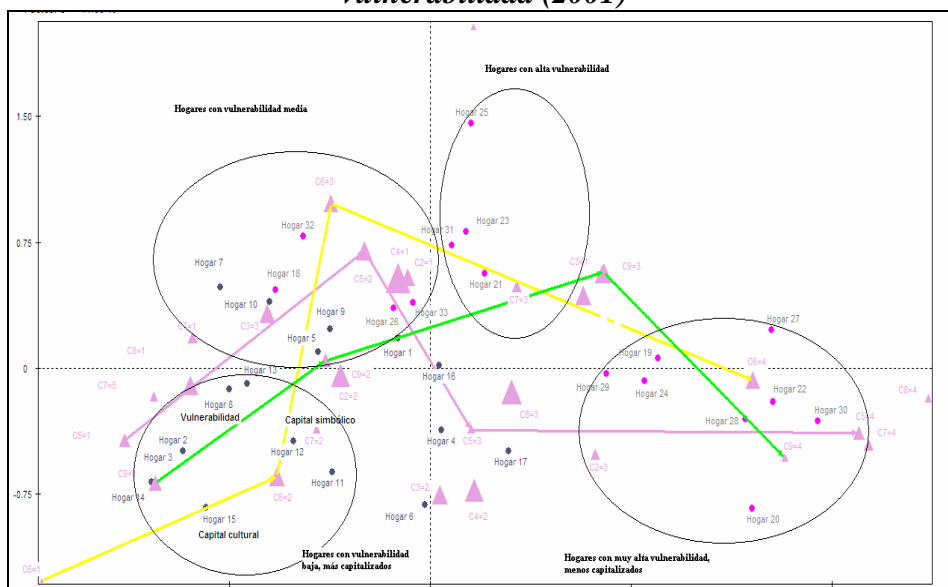


Fuente: elaboración propia.

Más allá de lo manifestado en párrafos anteriores, es indudable que existían distintos niveles de vulnerabilidad y que entre estos, a su vez, se evidenciaban intersecciones o solapamientos. Es decir, cuando comienzan a analizarse los distintos hogares en el espacio social, resulta prácticamente imposible encontrar a alguno que presente sólo características propias de un nivel de vulnerabilidad; por el contrario, es más común que muestren elementos distintos de dos de ellos.

Esta variedad de posiciones sociales, explica en parte las diversas estrategias familiares que estos agentes han desplegado y entonces, la dificultad existente de prever prácticas domésticas comunes, si bien comparten ciertos grados de homogeneidad a partir de su similar posesión de capitales.

Gráfico 3. Posición de los hogares en el espacio social según situación de vulnerabilidad (2001)



Fuente: elaboración propia. ACM con aplicación de SPAD 5.0¹⁸.

- Representación de los hogares pertenecientes a los sectores medios empobrecidos.
- Representación de los hogares en situaciones de pobreza estructural.
- C5: vulnerabilidad
- C6: capital cultural
- C7: capital económico
- C8: capital social
- C9: capital simbólico
- Representa la trayectoria de vulnerabilidad de los hogares.
- Representa la trayectoria de capital simbólico.
- Representa la trayectoria de capital cultural.

El gráfico 3, a partir de los ejes X e Y, permite identificar una división del espacio social en cuatro cuadrantes. Las nubes de puntos ubicados en cada uno de éstos representan las posiciones ocupadas en el espacio social por cada hogar analizado, identificado según su pertenencia social. Estas posiciones fueron determinadas a partir de los capitales económico, social, cultural, y simbólico (7 variables y sus respectivas modalidades) acumulados por estos agentes en un momento histórico particular, el 2001, en el gráfico 3, y el 2008, en el gráfico 5.

El *capital económico* se midió a través de los siguientes indicadores: tipo de ingreso del jefe de hogar, tipo de posesión de la vivienda, disponibilidad de cobertura en salud, y tipo de espacio residencial. El *capital social* se reconstruyó a partir del indicador: tipo

de relaciones establecidas con el Estado (presencia de relaciones asistenciales como beneficio de planes sociales, concurrencia a comedores, o no). El *capital cultural* se calculó a partir del clima educativo del hogar. Por último, el *capital simbólico* se analizó a partir de la percepción que los agentes sociales tenían de sí mismos (se consideraban pobres, o clase media; se mostraban esperanzados, con expectativas o derrotados, desesperanzados).

La importancia de este gráfico radica en que permite observar de manera relacional el volumen de capital disponible en las familias; es decir, no de manera aislada, sino entendiendo que éstas se encuentran en un espacio social teniendo interacciones constantes con otros agentes. Esto a su vez, posibilita diferenciarlos según se encuentren más o menos capitalizados.

Esta estructura de posiciones permitió observar también las distintas situaciones de vulnerabilidad en las que se hallaban los hogares, unos respecto de los otros. Hacia el 2001, a partir del gráfico 6, es posible identificar cuatro subconjuntos de hogares, según sus situaciones de vulnerabilidad.

En el cuadrante inferior derecho se encuentran ubicados los hogares con pobreza estructural, que presentaban muy alta vulnerabilidad económica, social, cultural, y simbólica (hogares 4,17,20,22,24,28,29,30). Todos ellos mostraban ingresos insuficientes del jefe de hogar, quien contaba con empleos informales; también tenían bajo clima educativo y viviendas deficitarias, en la mayoría de los casos, no propias; a excepción de dos hogares (4,17) -que no formaban parte de los sectores pobres estructurales, sino que eran parte de los sectores medios empobrecidos. Estos si bien contaban con niveles medios de clima educativo y con vivienda propia, sus ingresos económicos eran reducidos, lo cual los volvía mucho más vulnerables que el resto de los hogares de su grupo de origen.

En oposición a éstos, en el cuadrante inferior izquierdo, se hallan los hogares con mejores condiciones de vida. Ellos mostraban situaciones de vulnerabilidad baja: ingresos monetarios suficientes del jefe de hogar, vivienda propia, clima educativo medio y una percepción positiva de sí mismos. Todos pertenecían a sectores medios empobrecidos (hogares 2,3,8,12,13,14,15).

En situaciones de alta vulnerabilidad, se encontraban las unidades domésticas (19,21,23,27,31) ubicadas en el cuadrante superior derecho. Todas ellas formaban parte de sectores históricamente pobres, aunque en realidades levemente superiores a la del resto; incluso del gráfico puede observarse que los hogares 21,23,31, se ubicaban en posiciones muy próximas a niveles de vulnerabilidad media; acercándolos a las familias de sectores medios empobrecidos.

Finalmente, en el cuadrante superior izquierdo, se encuentran aquellos hogares que presentaban una mediana vulnerabilidad. Sus condiciones de vida eran regulares, ellos se representaban con cierta negatividad como parte de una clase media “en caída”; no obstante, algunos se mostraban optimistas y otros no tanto, considerando que su empobrecimiento podría trasladarse en un futuro a sus hijos (hogares 1,9,7). Presentaban ingresos suficientes, aunque las participaciones ocupacionales del jefe de familia eran mayormente informales, e incluso, algunas mostraban estrategias de sobre empleo y changas, para poder asegurar los recursos monetarios necesarios para su

subsistencia. Su clima educativo era medio y la vivienda propia, en todos los casos (hogares 2,3,5,7,9,10,18,26,32,33). Estas familias pertenecían mayormente a los sectores medios empobrecidos.

Es evidente entonces, que éstos junto con el grupo con baja vulnerabilidad, eran hogares con ciertos capitales acumulados, tanto patrimoniales (la casa propia), como sociales, culturales y simbólicos que entonces, ocupaban relativamente las mejores posiciones en el espacio social de la época.

Al trazar la trayectoria de vulnerabilidad de las unidades domésticas, se observa una gran oposición entre los dos grupos de hogares con muy alta y baja vulnerabilidad. Asimismo, se visualiza otro gran grupo, conformado por hogares que comparten situaciones de vulnerabilidad media y alta.

Si se trazara sólo el capital económico, las vulnerabilidades medias y altas se aproximarían en el espacio. No obstante, si bien estos grupos están más próximos en el espacio social -ya que comparten prácticamente los mismos capitales económicos-, cuando se incluyen en el análisis otros capitales, se observan claras distinciones entre ambos. Esto es lo que los separa en el espacio social. Particularmente, cuando se los compara en torno a sus capitales simbólicos, es decir en el cómo se representaban a sí mismos, se evidencia que se distancian. Esto llevó a preguntarse qué es lo que los llevaba a tener representaciones diferentes, siendo que compartían condiciones objetivas de vida relativamente próximas.

Para responder al interrogante, se cruzó el capital simbólico, con el capital cultural y se pudo observar que a mayor capital cultural, peor percepción de sus condiciones de vida. El ejemplo paradigmático de esta situación, es el hogar 9 (conformado por tres personas: pareja e hijo adolescente, ambos trabajadores sin jerarquía, en negro. Igualmente realizan trabajos esporádicos para que su hijo pueda ir a la universidad). Esto puede atribuirse al hecho que habían conocido otra realidad familiar en el pasado, mejor a la que vivían hacia el 2001. En consecuencia, las expectativas generadas respecto de sus oportunidades futuras eran mucho más altas, y los llevaban a construir apreciaciones mucho más duras de su realidad cotidiana. A su vez, esto se relaciona con la idea de que todo agente social se piensa en el marco de sus condiciones materiales y simbólicas; es decir, de sus experiencias pasadas.

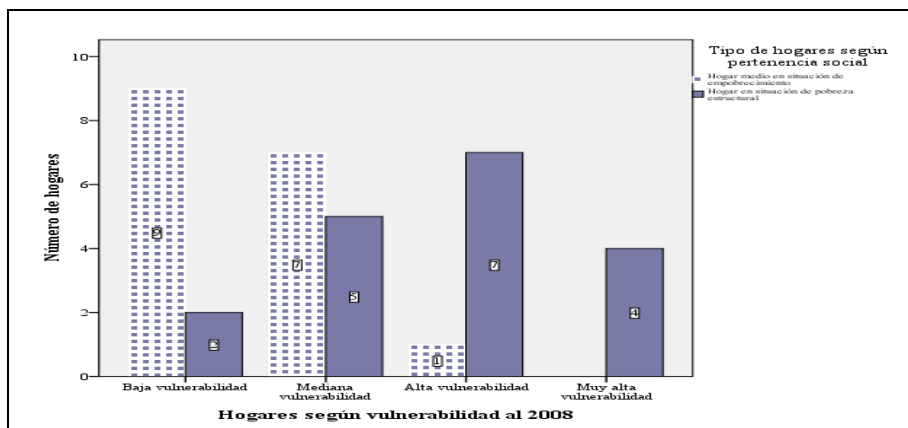
A partir del análisis realizado, se considera asimismo importante destacar algunas otras caracterizaciones en cuanto a las propiedades de las posiciones de los hogares. Una de ellas refiere a que los hogares 21,23,25,31, con alta vulnerabilidad son los que más se asemejaban a los hogares medios en situaciones de vulnerabilidad media y los que más se alejaban del grupo de los pobres estructurales.

En cuanto al grupo de los hogares en situaciones de pobreza estructural, los hogares 33 y 26 caen del lado de los medios empobrecidos en condiciones de mediana vulnerabilidad, separándose de su grupo de pertenencia (los pobres históricos), y encontrándose en las mejores condiciones en el 2001, en comparación con el resto de su grupo originario.

Respecto de los hogares medios, el 6 se encontraba en el límite con los pobres estructurales. Los hogares 4,16,17 cayeron en el espacio de estos últimos,

constituyéndose en los que en peores condiciones estaban hacia el 2001, presentando características muy próximas a los hogares más carenciados del espacio social.

Gráfico 4. Hogares según situación de vulnerabilidad y pertenencia social hacia el 2008



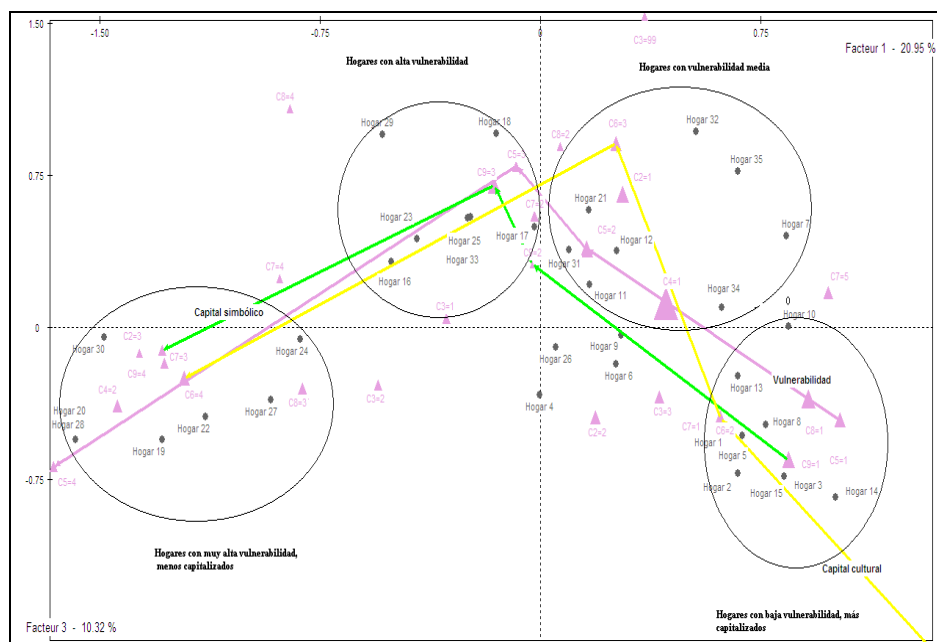
Fuente: elaboración propia.

Hacia el 2008, si bien se habían registrado algunos cambios respecto del 2001, tanto en cuanto a las familias como al contexto más general, la distribución de las unidades domésticas analizadas entre las distintas situaciones de vulnerabilidad, se mantenía de manera similar y mostraba las mismas diferencias sociales: las menos vulnerables seguían siendo las familias empobrecidas y las más vulnerables, las pertenecientes a los sectores históricamente pobres.

Casi el total de los hogares medios presentaba baja o mediana vulnerabilidad, sólo uno, aún mostraba alta. Por el contrario, la mayoría del resto de los hogares, en situaciones de pobreza permanente, mantuvo en un 61% sus altos y muy altos niveles de vulnerabilidad, conservándose así las grandes diferencias entre uno y otro grupo a lo largo de los años examinados.

Estas diferencias radicaban, no sólo en sus diversas características familiares, sus distintos capitales disponibles, y sus carencias acumuladas, sino también en cuanto a las estrategias desplegadas, y su efectividad en la transformación de sus condiciones de vida, efectividad que se ve condicionada por estos factores individuales, familiares y contextuales.

Gráfico 5. Posición de los hogares en el espacio social según situación de vulnerabilidad (2008)



Fuente: elaboración propia. ACM con aplicación de SPAD 5.0.

El gráfico 5 permite ver las trayectorias en el tiempo de los distintos hogares si se lo compara con el gráfico 3. Hacia el año 2008, habían cambiado -además de las condiciones materiales de existencia de algunas unidades domésticas, que a través del desarrollo de estrategias, habían logrado mejorar su bienestar-, las percepciones de algunos agentes respecto de sus realidades.

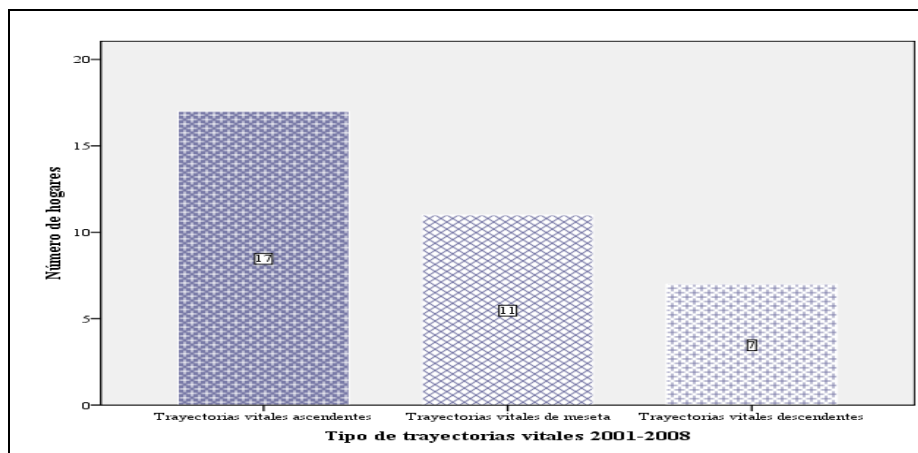
Esto se evidencia en el gráfico 5, al analizar las trayectorias de capital cultural y simbólico. Estas ya no presentan una diferencia tan marcada entre sí. Es decir, que en los sectores medios, el leve repunte tuvo un efecto positivo en el descenso de la vulnerabilidad, por ende si se visualiza la evolución en el espacio, se ve que hay una transformación y una transferencia de hogares hacia los espacios con menos vulnerabilidad. En otras palabras, es posible evidenciar una tendencia hacia un desplazamiento de los hogares en el espacio de la vulnerabilidad y entonces, se reducen los hogares en los cuadrantes de mayor vulnerabilidad.

Por otro lado, en el gráfico puede observarse que los hogares pertenecientes a los sectores empobrecidos, que mantuvieron sus condiciones de vida prácticamente constantes durante el período de 2001-2008, quedaron más cercanos a los hogares con mayor vulnerabilidad; es decir, que se dio un agrandamiento de la brecha al interior de los sectores medios, entre los que conservaron realidades similares y los que pudieron mejorar respecto de la época de la crisis. Un ejemplo, es el hogar 16, en el que se visualiza el empeoramiento y entonces, el alejamiento del resto.

Por el contrario, se observa una mejoría respecto del 2001 en los hogares 21,31,32, que presentaban una vulnerabilidad media al 2008 y se ubicaban en el gráfico con los hogares medios, siendo que pertenecían a sectores pobres estructurales. En estas unidades domésticas se visualiza entonces, la caída de la vulnerabilidad.

Las trayectorias de los hogares en el tiempo

Gráfico 6. Hogares según trayectorias vitales 2001-2008



Fuente: elaboración propia.

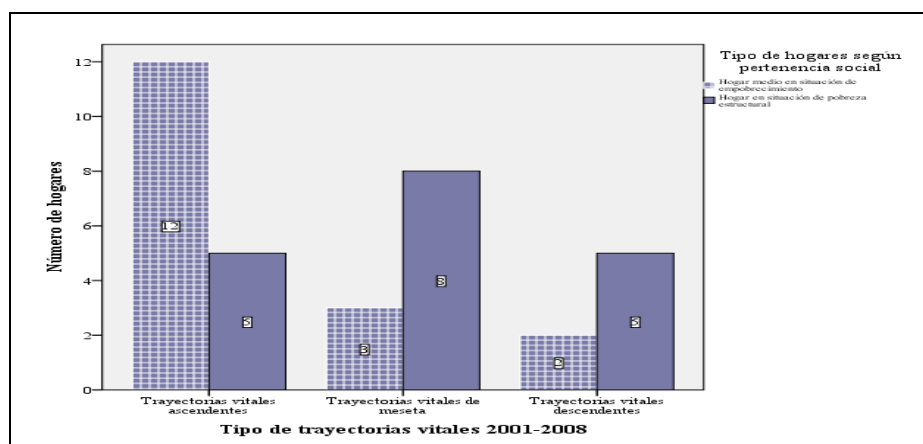
El gráfico 6 permite apreciar que prácticamente la mitad de las unidades domésticas tuvo *itinerarios de tipo ascendente*, es decir, que en general, se observaron mejoras objetivas en sus condiciones de vida y entonces, una reducción de sus carencias materiales, sociales, culturales, y subjetivas. Sin embargo, hay que tener presente que una parte de ellas, se encontraba hacia el 2001 en situaciones de marcada vulnerabilidad, con lo cual por más que mostraron mejoras observables en su realidad hacia el 2008, muchas no lograron salir de la pobreza en la que vivían.

El resto, casi las tres cuartas partes de los hogares con trayectorias ascendentes, pertenecía a los sectores medios empobrecidos. En estos se observaba un predominio de avances, en comparación con los históricamente pobres. Este ascenso social se relacionaba con la obtención de empleos formales y con el aumento en los ingresos monetarios, sumado a alguna reserva de capitales disponibles.

Las *trayectorias de meseta* representaron una menor proporción en el total de hogares. De los once que mantuvieron sus condiciones de vida en el tiempo, la gran mayoría (73%) mostraba carencias estructurales; es decir, eran familias que conservaban sus antiguas condiciones de vida, las que presentaban hacia el 2001 y aún antes. Es factible afirmar entonces, que los años posteriores a la crisis, no hicieron más que reforzar sus situaciones de pobreza y perpetuarlas, en la gran mayoría de los casos.

Por último, las *trayectorias de descenso* se observaron mayormente también en las familias pobres, en las cuales se evidenciaba una caída aún mayor respecto de la época de la crisis, como resultado de la pérdida de la fuente de ingresos monetarios por despido (hogar 25), enfermedad (hogar 33), o separación de la pareja (hogar 18). En contraste, sólo el 12% de los hogares medios empobrecidos, vieron empeorar sus condiciones de vida. Esto puede entenderse por los mayores capitales acumulados, los cuales volvían más factible su reproducción doméstica en las nuevas circunstancias impuestas; es decir, tenían más elementos con los cuales poder amortiguar más la caída, y así minimizar sus efectos.

Gráfico 7. Hogares según trayectorias vitales 2001-2008 y pertenencia social



Fuente: elaboración propia.

En el gráfico 7 puede observarse claramente el mayor número de hogares pertenecientes a sectores medios empobrecidos, que mostraron itinerarios vitales de mejora (el 34%), opuesto a la mayor participación de los pobres estructurales, con trayectorias de equilibrio y descenso, que llegaba al 37%.

Conclusiones

Los hogares analizados, se vieron obligados a modificar sus prácticas cotidianas de reproducción frente a situaciones de vulnerabilidad, inéditas hasta el momento para los sectores medios y en cierto modo ya experimentadas por los pobres estructurales, como resultado de la crisis del 2001. De esta manera, intentaron sobrellevar de la mejor manera posible, las transformaciones que les imponía el contexto de la época.

Una fortaleza a rescatar de los hogares es la búsqueda de opciones, de alternativas, para superar el empobrecimiento, a través de estrategias familiares. Estas prácticas sociales fueron igualmente comunes entre los hogares de sectores medios y entre los pobres estructurales, en el sentido de “hacer lo que sea” para mejorar la realidad familiar. Sin embargo, los objetivos perseguidos en uno y otro caso, fueron distintos, en relación con sus realidades objetivas y subjetivas diferentes.

Entre los empobrecidos, la nueva situación de carencia los llevaba a buscar mejoras en sus afectadas condiciones de vida tratando de volver al nivel alcanzado en el pasado, lo cual implicaba asegurar educación, salud, vivienda, y vestimenta de sus miembros. Así, una de las estrategias consistía en buscar alternativas de generación de ingresos para recuperar las condiciones pasadas, o -al menos- mejorar el deterioro de sus condiciones de vida, principalmente con la inclusión laboral de las mujeres, y en menor medida de los hijos.

Así, las prácticas de las familias en situaciones de pobreza histórica, se dirigían a evitar un empeoramiento mayor de sus realidades cotidianas, es decir se centraban en asegurar exclusivamente su sobrevivencia a través de la reproducción de su fuerza de trabajo: sus expectativas estaban puestas en la satisfacción de la necesidad básica de alimentación de

sus miembros. Esta era su prioridad porque era su carencia principal; por ende, la educación, la salud, la adquisición de otros bienes materiales (vestimenta, vivienda), eran resignados.

Es evidente entonces, que algunos hogares estuvieron mejor posicionados que otros para conseguir nuevos recursos y defender su lugar en el espacio social, por ejemplo, a través de cierto capital cultural y/o social acumulado previamente. Otros, permanecieron ocupando las posiciones más vulnerables intentando constantemente no seguir cayendo. En consecuencia, sus trayectorias vitales, dependieron en gran medida del volumen y estructura del capital al que pudieron recurrir.

Todas las prácticas de reproducción implicaron para las familias, igualmente esfuerzo e inversión de los capitales disponibles, que no eran los mismos en cada caso. En consecuencia, los hogares pobres estructurales no desplegaron las mismas estrategias, y/o no lo hicieron de la misma forma que los hogares medios, porque no contaban con los mismos capitales, ni en el mismo volumen que ellos, además de que sus hábitos eran diferentes y, por ende, también sus prácticas, el modo de organizarlas y llevarlas adelante, los propósitos buscados y las representaciones en torno a éstas.

Puede así afirmarse que el desarrollo de las estrategias está condicionado por los recursos de los hogares, sus características sociodemográficas, el sistema de valores y representaciones, y el contexto más general en que se encuentran insertos. Mientras más escaso sea el capital acumulado, inferiores serán las posibilidades de elección de las estrategias y de mejorar las condiciones de vida; entonces, también menor será la probabilidad de éxito de estas prácticas; éxito que está fuertemente condicionado por el capital disponible, que permite o no revertir las presiones o limitaciones que las condiciones materiales de vida les imponen. En este sentido, los hogares medios empobrecidos, tendrán mayores probabilidades objetivas de éxito en sus prácticas, que las unidades domésticas con trayectoria de pobreza estructural.

Las estrategias de generación de ingresos más recurrentes entre los hogares analizados, fueron las *ocupacionales* dirigidas a la búsqueda de inserción y permanencia laboral. La participación productiva se persiguió bajo cualquier forma de trabajo, más allá de que estaba presente en su universo de significados, la necesidad y la importancia de un empleo formal, permanente, sostenido en el tiempo. Esto como resultado de la aún existente idea del trabajo registrado como ideal de inserción en el mercado, muy asociada al Estado de bienestar típico de décadas pasadas en que la participación de la gran mayoría de los trabajadores argentinos era de manera formal o protegida.

Entonces, los hogares se focalizaron mayormente en la generación exclusiva de capital económico, a través de estrategias inmediatas, coyunturales, en el sentido de la resolución de carencias urgentes, y sólo de orden material, consiguieron lo mínimo, indispensable, la resolución del problema puntual, sin poder -en general- acumular capital. Esta situación puede relacionarse con la percepción que los agentes tenían de sus capitales económicos, como transformadores rápidos y eficaces de sus condiciones de vida. A su vez, se considera que puede estar asociada con el hecho de que los capitales económicos son los que más rápidamente pueden transformarse en otros tipos de capitales y entonces ser reinvertido en el espacio social con mayor celeridad.

En el marco de esta situación, es importante preguntarse acerca de las consecuencias que trae aparejado el desarrollo de prácticas inmediatas. Se considera que esto sólo favorece la perpetuación de situación de vulnerabilidad y exclusión. En otras palabras, del análisis realizado pudo evidenciarse que las prácticas a nivel de agentes sociales individuales, como son los hogares en este caso de estudio; que son estrategias parciales y privadas porque los capitales disponibles son muy escasos, no permiten mejorar sus condiciones de vida.

En consecuencia, es central poder favorecer otro tipo de estrategias a más largo plazo, que busquen la acumulación de recursos y permita la paulatina capitalización de los hogares. Pero para ello, se debe comenzar por detener los procesos de erosión de los capitales de familias en situaciones de pobreza de larga data y, al mismo tiempo, favorecer el fortalecimiento y la construcción de nuevos capitales, aquellos que históricamente estos agentes sociales perdieron o que incluso, nunca detentaron.

Es importante entonces, la vinculación de otros agentes sociales como el Estado, que deberá promover prácticas conjuntas y universales, que ayuden a ampliar las oportunidades de acumulación familiar de distintos tipos de capitales, acumulación que paulatinamente les permitirá asegurar, no ya exclusivamente su reproducción social “básica”, sino construir su cotidianidad en condiciones de igualdad y equidad.

Notas y referencias bibliohemerográficas

¹ Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 1998, p. 89.

² Gutiérrez, Alicia. “Estrategia habitacional, familia y organización doméstica”. Cuadernos de Antropología Social, N° 10, Buenos Aires, UBA, 1998, pp. 151-165.

³ Adler Lomnitz, Larissa. *Cómo sobreviven los marginados*. México, Siglo XXI Editores, [1978], 1989.

⁴ Salvia, Agustín. “Condiciones de vida y estrategias económicas de los hogares bajo los cambios estructurales. Gran Buenos Aires”. 1990-1999, Cuadernos del CEPED, N° 4, Buenos Aires, CEPED, 2000.

⁵ Katzman, Rubén. *Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social*, Serie Documentos de Trabajo del IPES/Colección Aportes Conceptuales N° 2, Programa IPES, Facultad de Ciencias Humanas, Uruguay, Universidad Católica del Uruguay, 2000.

⁶ Gutiérrez, Alicia. *Pobre como siempre. Estrategias de reproducción social en la pobreza*, Córdoba, Argentina, Ferreyra Editor, 2005.

⁷ Gutiérrez, Alicia. “Redes e intercambio de capitales en condiciones de pobreza: dimensión relacional y dimensión vincular”, REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales, Vol.14, n° 4, Junio 2008.

⁸ Gutiérrez, Alicia. “Herramientas teórico-metodológicas de un análisis relacional para los estudios de la pobreza”, Ciencia, Docencia y Tecnología, N° 35, Año XVIII, Entre Ríos, Universidad Nacional de Entre Ríos, 2007, pp. 15-33.

⁹ Bourdieu, Pierre. *La ilusión biográfica en Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1997, p. 82.

¹⁰ Minujin, Alberto (edit.). *Desigualdad y exclusión*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1993.

¹¹ INDEC. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, Presidencia de la Nación, Argentina.

¹² EPH: *Encuesta Permanente de Hogares*. Relevamiento que se realiza cuatro veces al año en los principales aglomerados urbanos de Argentina, entre ellos el AMM. Permite caracterizar a la población en términos de inserción socioeconómica. Para más información consultar <http://www.indec.gov.ar/>

¹³ Trapé, Alejandro (coord.). *La economía de Mendoza. Análisis sectorial y propuestas de política económica*, Mendoza, FCE, Universidad Nacional de Cuyo, 2004.

¹⁴ Programa generado por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación Argentina en el año 2002. El Estado buscaba transferir ingresos monetarios a los jefes/as de hogares desocupados (\$150) a cambio del desarrollo de una actividad (contraprestación).

¹⁵ Se estudiaron en profundidad 38 hogares del Área Metropolitana de Mendoza. Su selección se hizo a partir de un muestreo de tipo teórico en una segunda etapa del trabajo de campo dirigida a la aplicación de una estrategia de tipo cualitativa. Este muestreo se realizó siguiendo la propuesta de Glaser, Barney y Strauss, Anselm. *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*, Chicago, Aldine, 1967.

¹⁶ La *dimensión material* incluye algunas características sociodemográficas de los hogares como número de miembros e índice de dependencia, además la condición ocupacional del jefe de familia, su tipo de empleo, el tipo de ingreso, el acceso a alimentos, la cobertura en salud, el tipo de vivienda y su posesión, y el tipo de entorno habitacional. La *dimensión social*, que busca dar cuenta del capital social de las familias, refiere al tipo de relaciones entabladas y sostenidas con otros agentes sociales, y al tipo de ayuda recibida. La *dimensión simbólica*, indaga en los capitales simbólicos de las familias: sus autopercepciones, y la presencia de proyectos futuros. La *dimensión cultural* analiza los capitales culturales familiares, y se basa en el clima educativo del hogar, y en la presencia de niños en edad escolar (de 6-12 años) que no concurren a la escuela o que han repetido algún año.

¹⁷ Esta clasificación de los hogares se construyó a partir de los resultados del *índice de déficit de acumulación de capital*. Se tuvieron en cuenta capitales económicos, sociales, culturales, y simbólicos de los hogares para el 2001 y el 2008.

¹⁸ El *SPAD 5.0* constituye un programa informático de Análisis de Correspondencias Múltiples de Datos Cualitativos, que permite visualizar la distribución de agentes, o estructura, en un determinado espacio de posiciones y en un momento histórico-social particular en torno a un problema de investigación, y a partir de una serie de variables y sus modalidades. Es decir, permite realizar una representación del espacio social, a través de planos factoriales. A su vez esta representación permite proyectar y visualizar la ubicación relativa de los agentes presentes en él (en esta investigación, agentes colectivos, los hogares), a partir de la disponibilidad de diversas estructuras y volúmenes de capital (objetivado e internalizado) disponibles (económicos, sociales, culturales, simbólicos). Estas posesiones condicionan estructuralmente a los agentes a desarrollar diversas estrategias de reproducción social, según Gutiérrez, Alicia, 2008, *Op. Cit.* Busca oposiciones entre estos agentes, generando grupos con características similares entre sí, pero opuestas respecto del resto.